

<https://doi.org/10.15446/mag.v38n1.112324>

ESTALLIDO SOCIAL, CONFLICTO DE OLLAS Y CAÍDA DEL PADRE IMAGINARIO

MARIO BERNARDO FIGUEROA*

Analítica – Asociación de Psicoanálisis de Bogotá, Bogotá, Colombia



*mbfigueroam@unal.edu.co ORCID: 0009-0000-2534-7551

Artículo de investigación recibido: 8 de mayo de 2023. Aprobado: 18 de noviembre de 2023.

Cómo citar este artículo:

Figueroa, Mario. 2024. “Estallido social, conflicto de ollas y caída del padre imaginario”.

Maguaré 38, 1: 55-92. DOI: <https://doi.org/10.15446/mag.v38n1.112324>

RESUMEN

El estallido social en Colombia no fue un paro, sino la vívida objeción que impusieron los y las jóvenes, y gran parte de la sociedad, a la larga hegemonía del discurso mafioso —forma privilegiada del discurso capitalista en nuestro país—, al instalar las ollas comunitarias en el corazón de las ollas del narcotráfico. Este acto implicó también la caída del padre imaginario de un sector de la sociedad colombiana, máximo representante de ese discurso. El rechazo de la juventud a su mandato de sacrificio, ante el goce del éxito, cobró muchos ojos y muchas vidas.

Palabras clave: caída del padre imaginario, discurso capitalista, discurso mafioso, estallido social, olla comunitaria, olla del narcotráfico.

THE SOCIAL UPRISING: THE BATTLE BETWEEN COLLECTIVE KITCHENS (*OLLAS COMUNITARIAS*) AND CRACK HOUSES (“*OLLAS*”), AND THE FALL OF THE IMAGINARY FATHER

ABSTRACT

Colombia’s social uprising was not a strike. It was a vivid objection staged by young people and a large part of the social fabric to the long hegemony of the mafia discourse —a privileged form of capitalist discourse in Colombia—. The protesters installed outdoor community kitchens (*ollas comunitarias*) by the crack houses (“*ollas*”). These actions also marked the fall of the imaginary father, the protagonist of the mafia discourse followed by another Colombian social sector. The youth’s joyful and successful rejection of the imaginary’s father sacrificial mandate claimed many eyes and many lives.

Keywords: capitalist discourse, community kitchen, crack houses, fall of the imaginary father, mafia discourse, social explosion.

EXPLOSÃO SOCIAL, CONFLITO DE PANELAS E QUEDA DO PAI IMAGINÁRIO

RESUMO

A explosão social na Colômbia não foi uma greve mas a objeção vívida imposta pelos jovens, e grande parte da sociedade, à longa hegemonia do discurso mafioso — forma privilegiada do discurso capitalista em nosso país —, ao instalar as panelas comunitárias no coração das panelas do narcotráfico. Este ato também implicou na queda do pai imaginário de um setor da sociedade colombiana, representante máximo desse discurso. A rejeição da juventude ao seu mandato de sacrifício, frente ao gozo do sucesso, custou muitos olhos e muitas vidas.

Palavras-chave: discurso capitalista, discurso mafioso, explosão social, panela comunitária, panela do narcotráfico, queda do pai imaginário.

Figura 1. Espacio humanitario “Al calor de la olla”



Fuente: Anónimo. Sin enlace.

Era una tarde lluviosa la de ese sábado 29 de mayo¹. Ahora, luego de meses de encierro, se nos permitía salir sin la restricción del número de cédula. Después de haber superado la cifra de 88.000 fallecidos por la pandemia; del colapso de las unidades de cuidados intensivos; de comprobar que la crisis sanitaria había enriquecido de manera exorbitante a los más ricos y sumido en la miseria a la inmensa mayoría; de que las potencias acaparaban las vacunas y los recursos negándose a liberar las patentes; luego de todos esos ires y venires, habíamos perdido ya el asombro ante la pandemia. Oscilábamos entre el pasmo, la angustia, el agotamiento y la estupefacción. En cambio, para ese sábado 29 de mayo, y contra todos los pronósticos, el estallido social,

¹ Este artículo recoge los elementos fundamentales de la intervención del autor en el acto de lanzamiento del n.º 21 de la revista *Desde el Jardín de Freud*, dedicado al tema “Obediencia, indignación, sublevación”.

que comenzó con el llamado a un paro nacional, ya había cumplido un mes y gozaba de buena salud.

Traíamos acumulado un inmenso y creciente malestar: después de cincuenta años de guerra habíamos logrado, por fin, una breve degustación de la paz con la firma de los acuerdos en 2016, y súbitamente la perdíamos. Recuerdo que en diciembre de ese año las noticias reportaban únicamente un soldado herido en el Hospital Militar Central, que llegó a atender 424 en el 2011 (El Colombiano 2016). Solo hubo cuatro masacres, mientras en el 2001, por ejemplo, la cifra se multiplicaba por 100, entonces sumaron 405 (Observatorio de Memoria y Conflicto 2023).

Perder el plebiscito por la paz fue un golpe que nos sumió en una intensa desazón. En la práctica, más que el “no”, ganó la indiferencia; la mayoría de la población no votó. Los opositores a la paz lograron el triunfo apelando a la articulación de dos de las más ciegas pasiones: el odio y la ignorancia, y al corazón de lo inconsciente pulsional: el rechazo a la diferencia sexual; según esas versiones mentirosas, en el acuerdo de paz se habría pactado, entre otras, el cambio de orientación sexual de niños y niñas. Así lo analizan Beltrán y Creely (2022), luego de entrevistar a varios pastores de esas iglesias, y corrobora que, en efecto, apelaron a esas mentiras. No solo esto, sino que hicieron cálculos electorales sobre el posible triunfo del “No” para las siguientes contiendas presidenciales.

Con el triunfo del plebiscito también lograron el de las elecciones presidenciales. El nuevo Gobierno uribista llegó bajo la consigna de “hacer trizas los Acuerdos”. Las masacres, que prácticamente habían desaparecido en 2016 —como ya anoté—, se multiplicaron en 2020 por veintitrés: ¡llegamos a 91! (IndePaz 2021). Atónitos veíamos regresar los desplazamientos, los asesinatos de líderes, de indígenas y, ahora, de los firmantes del Acuerdo de Paz, así como de defensores(as) de derechos humanos —562 entre 2016 y 2021— (De Rivero 2022). Como en un horrendo *déjà vu*, revivíamos los ingredientes de una guerra que creíamos superada. Nuestras protestas parecían estrellarse contra un muro.

Esto explica en parte la fuerza volcánica del estallido: comenzábamos a vivir los cambios tan esperados; se habían esfumado los horrores de la guerra; ahora era posible protestar sin ser estigmatizados como guerrilleros; se levantaba la larga represión cuando, de repente, esta se redobla con un arrogante autoritarismo. La luz que veíamos al final del túnel se apagaba por la perfidia del nuevo Gobierno. Una mezcla

de estupor, de impotencia y de rabia nos invadía progresivamente. Las protestas contra Duque se multiplicaban al ritmo de su indiferencia y de la violencia policial como única respuesta: a solo dos meses de haberse posesionado, en octubre de 2018, estalló el Paro Nacional Universitario, que duró dos meses; un año más tarde, el Paro Nacional 21N de 2019 se extendió por tres meses, hasta febrero de 2020. Protestábamos por el incumplimiento del Acuerdo de Paz, por los asesinatos de líderes y desmovilizados de las FARC, por el bombardeo del ejército a un campamento guerrillero en el que murieron ocho menores de edad. Luchábamos contra la segunda reforma tributaria que exoneraba de buena parte de los tributos a las grandes empresas y a las mayores fortunas, mientras gravaba a las clases media y baja.

En las grandes ciudades, las marchas del 21N fueron multitudinarias. Artistas, músicos, titiriteros, cantantes y actores participaron activamente. Surgieron los cacerolazos, que serían protagonistas durante el estallido: “Somos miles de miles y dijeron que mil [...]. Somos grito de gritos, cacerolas de luz”² (Velosa, Echeverri y López 2020).

Para destruir el entusiasmo y la solidaridad generados por el paro, el 22 de noviembre, en Cali y Bogotá, nos encerraron con un toque de queda. Echaron a rodar por las redes, audios y videos con gritos de horror: “¡Se están metiendo a los conjuntos!”. La falaz estrategia engendró pánico, odio y terror, disipados al amanecer al comprobar que se trataba de un inmenso montaje (Caballero 2020). El 23 de ese mes, en medio de las protestas, un capitán de la Policía hirió mortalmente al joven Dylan Cruz. La Fiscalía y el Gobierno protegieron al oficial. A pesar de todo, el paro continuó: el 8 de diciembre se celebraron las multitudinarias marchas-concierto, “Un canto por Colombia”, con más de trescientos artistas (Semana 2019). Sin embargo, el Gobierno no cedía a los reclamos; el Comité del Paro declaró, entonces, un receso por las fiestas de fin de año, para retomarlo en 2020. Nos disponíamos a hacerlo cuando fuimos sorprendidos por el confinamiento: la pandemia nos introdujo en una especie de limbo, quedamos en *stand by*.

Sin embargo, el aislamiento sanitario no detuvo las agresiones de la Policía: en ese contexto, mataron brutalmente a Javier Ordóñez,

² Jorge Velosa, Andrea Echeverry y César López, “Somos miles de miles”: https://www.youtube.com/watch?v=_4kkUSdTpZo

un estudiante de Derecho, y el 11 de septiembre de 2020, ante las protestas por este crimen y el ataque a los Comandos de Atención Inmediata (CAI), vivimos en Bogotá lo que el informe de Naciones Unidas llamó “una masacre policial”: once jóvenes fueron asesinados (Oquendo 2021). Fue una noche de terror, este sí totalmente fundado. En medio de la rabia, la indignación y el dolor por lo ocurrido, en vez de pedir perdón y exigir las investigaciones correspondientes en la Policía, el presidente Duque tuvo el indigno gesto de homenajear a la institución con cínico orgullo: visitó un CAI vestido con la chaqueta de los agentes, la misma que muchos de ellos habían portado al revés para no ser identificados mientras disparaban a la población. Con este gesto el presidente envileció el duelo de las víctimas.

Todos estos sucesos, unidos a que el partido de Gobierno había cooptado la mayoría de los órganos de control del Estado —Fiscalía, Procuraduría, Defensoría del Pueblo—, exacerbaron aún más el malestar larvado, la indignación amordazada. A esto se sumó el detonante de la pobreza extrema: antes del Covid, ya era inmensa, pues cubría a más de la tercera parte de la población (35,7 %), pero en 2020 llegó al 42,5 %, según el DANE (2021). Las banderas rojas del hambre se extendían por los sectores populares, mientras el Gobierno ensordecía ante los reclamos de una renta básica y tramitaba otra reforma que castigaba todavía más a las clases media y baja, grabando la canasta familiar en plena pandemia.

Así pues, el estallido fue la confirmación de que estábamos vivos; fue una epidemia de dignidad. Ese sábado queríamos ir al Portal Resistencia. Habíamos participado en las marchas y cacerolazos en el centro de Bogotá, pero sabíamos que otra era la dinámica en los barrios populares. Contagiado por el entusiasmo de lo que vimos al llegar allí, esa noche escribí un breve texto, que me permito transcribirlo acá:

Portal resistencia: un lugar para parchar

Que la primera línea no nos impida ver la plana que hay detrás:

imaginén la siguiente escena: Portal Resistencia –antes Américas–: dos ollas comunitarias en el centro de una plazoleta, cocineros y comensales se confunden en torno a ellas. Al fuego lento de un rescoldo de leña se cocina un ajíaco; en la otra una sopa vegana. Un hervidero de jóvenes y jovencitas bulle por toda la plaza, pero también hay familias: mamás con sus niños, abuelas con los nietos y hasta los perros. Un dúo de chicas *rapea* sobre una tarima. Se me

antoja ahora que su lirica expresa bien claro el espíritu del movimiento que han creado:

La palabra nos la tomamos
aunque nos la quieran quitar.

Resistencia y dignidad

Más allá y a tono con el hip-hop, un grupo de chicos pone retos en monopatín, otros hacen acrobacias en sus bicicletas; estos juegan banquitas, esos pintan un mural. Este grupo ensaya un baile, aquellos un performance. Sentada en el piso, con un círculo de niños y niñas alrededor, una chica lee un cuento mientras, al fondo, un grupo alterna desafíos de *break dance*, otro de boxeo en un improvisado cuadrilátero armado con un lazo, y un tercero practica *capoeira*. No faltan quienes aprenden malabares y artes circenses para salir a los semáforos. Todo este espacio está salpicado por parejas cogidas de la mano, abrazadas, o perdidas en uno que otro beso. ¡Es un carnaval, una fiesta!

Sin embargo, no todo allí es arte, juego, comida y esparcimiento: un grupo recibe una clase. Los alumnos, muy diversos: adolescentes, niños y niñas, madres, un anciano y un *ñero*. Escuchan a un joven que aclara que él no es un “gomelo” universitario. Comienza por explicarles los problemas del sistema económico, la destrucción de los recursos naturales, que “vivir para trabajar” es una nueva forma de esclavitud y lo ideal sería “trabajar para vivir” y tener tiempo para muchas de las cosas que están haciendo allí. “Dicta” su clase de manera participativa, les anima con preguntas, les da la palabra. Cada persona hace su aporte, desde su singularidad, incluido el *ñero* que habla de su consumo de drogas. Explica que le asisten razones para haberse perdido en el consumo; él mismo no las conoce del todo, pero las tiene y, a pesar de que en muchos espacios lo discriminan, él también tiene derechos y, en un nuevo país estos se le deberían respetar, como a todo el mundo.

La anterior es una buena puerta para plantear el problema más importante de esta clase: ¿cómo será el país que añoran? Tienen que trabajar en eso, dice el profesor, pues “estamos luchando y..., si ganamos y no nos hemos preguntado siquiera cuál es el país que soñamos, ¿cómo lo vamos a cambiar?”. Por ahora tienen claro que será uno que los incluya a todos, como esta clase, a ellos y ellas,

tan distintos. Eso los caracteriza en primer lugar: son diversos, tal como la Constitución dice que es nuestro país, no como “aquellos” —y señalan a los policías formados en la parte de atrás de la plazoleta—, a los que uniforman para hacerlos creer, para obligarlos a ser todos iguales. Entonces, a propósito de “aquellos”, alguien comenta que “esos lo que están es esperando a que caiga la noche, para volver a prender esto, para atropellarnos a todos y sacarnos de aquí a punta de gases, aturdidoras, chorros de tanqueta y hasta a bala”.

Es la parte obscura, el fin del carnaval, el momento del horror en el que los integrantes de la primera línea tienen que salir a *frenteear* a los antidisturbios, y las otras líneas a apoyar detrás. Como si el mundo diera la vuelta al caer la tarde, como si los “aquellos” hubieran descubierto que el pueblo despertó y, en consecuencia, ahora tiene al fin un sueño. Como si le temieran al poder del deseo y por eso se empeñaran en impedir sus sueños, en demostrar que, en este país, para ellos sólo hay derecho a la pesadilla.

A esta altura me dirán que enloquecí, que esto no puede pasar en Portal Resistencia, que ese lugar no existe, que afloró en mí un regusto ingenuo, incluso cursi. Me espetarán esa horrible palabreja, tan socorrida en estos tiempos de “no incautos”, que tan estruendosamente “yerran” —para parafrasear a Lacan—; me gritarán que estoy “romantizando” la pobreza, o la lucha de este paro. Les diré que aciertan porque se trata de un sueño, es más, de miles de sueños; pero al tiempo se equivocan estruendosamente porque ignoran que es el despertar de una parte importante del pueblo que perdió el miedo a soñar, que descubrió que la pérdida es la causa del deseo y entonces, ahora ellos, quienes insisten en que “lo han perdido todo”, se atreven a tanto, a enfrentar noche a noche la pesadilla y a soñar despiertos.

No la tienen fácil, obviamente. A diferencia de los otros países de América Latina, el pueblo nunca ha tenido acá un cuarto de hora y todavía los relojes están en manos del puñado que se ha apropiado del país. Hay megáfonos que advierten contra el populismo y académicos que hacen eco. Tal vez este sea solo el comienzo, pero las vidas de miles de jóvenes ya no serán las mismas. Han cobrado un sentido que ayer no tenían y esa es una invaluable ganancia de este paro. Ellos mismos, arriesgando su vida contra esta policía transgresora y este

régimen mafioso de impunidad que cooptó todas las instituciones del Estado, construyeron su propio *parchadero* en esta sociedad que los excluye de todo.

Han comenzado a recorrer un camino pensando en el mañana. La tienen clara: mientras que hace rato los jóvenes no deseán... tener hijos, estos piensan en las generaciones que vendrán, para que ellas también tengan un lugar donde parchar y un sueño que acariciar. Saben que entonces no podemos seguir esta pendiente de consumo, explotación y despojo de todo y de todos, que la vía del éxito a ultranza no es el camino para seguir. Saben que ese es el freno que tenemos que pisar.

Que la primera línea no nos tape la plana que hay detrás; en ella han escrito su sueño: ellos y ellas se han atrevido a desear... ¿no les vamos a acompañar?

Nos deslumbró el estallido; de protesta, sí, pero también de participación, de inclusión, de arte, de dignidad y convivencia. En ese instante, se nos hizo evidente que estaban creando un lugar para “parchar”, transformando el lazo social, haciéndolo solidario y participativo; estaban abriendo espacios en una sociedad que poco y nada les ofrecía. Padecían de hambre, pero también carecían de espacios públicos; de escenarios culturales; de lugares para encontrarse y compartir; de acogida a su palabra; de acceso a las artes, a la rumba; de trabajo y estudio, pero, sobre todo, carecían de una posibilidad de participación más allá del último y más buscado objeto al que la sociedad amenaza con reducirlos: el desecho... el “desechable”.

La muchachada que vimos en Portal Resistencia o en las marchas no era ante todo de universitarios, sino fundamentalmente de jóvenes en busca de un lugar y de oportunidades para vivir, tratando de abrirse un horizonte. Incluso estaban quienes, teniendo ocupación o estudio, participaban activamente, porque no le encuentran sentido a su vida en esta sociedad. Se trataba de una juventud en busca de dignidad. Después de “Nos están matando” y de la denuncia de los asesinatos de los líderes sociales, el mensaje o la consigna más gritada y pintada en el estallido fue la de la dignidad: “Hasta que la dignidad se haga costumbre”; “El pueblo no tiene comida, pero le sobra dignidad”; “Soñar con un país mejor no puede costarnos la vida”; “¿No habrá manera de que Colombia,

en vez de matar a sus hijos, los haga dignos de vivir?”. Con ese significante nombraron de nuevo las ciudades: “Loma de la dignidad” y “Puente de la dignidad”, donde antes quedaban la Loma de la Cruz, en Cali, y el puente de Santa Librada, en Bogotá. Este reclamo iba de la mano con el de tener voz, de ser escuchados: “Es el tiempo de la voz de los pueblos”; “No podrán generar el pánico suficiente para callarnos a todos”.

La batalla de las ollas

Teníamos entonces toma de palabra, construcción y búsqueda de un lugar de dignidad, un lugar para parchar, extenso e inextenso; no se trataba simplemente de pan y de un espacio físico, sino de cambios en las condiciones de existencia y, particularmente, en lo que Lacan (1992) llama el discurso, que es el lazo social, que bien puede operar sin palabras. En el centro de esa lucha estaba la olla comunitaria, símbolo del estallido.

Figura 2. La olla comunitaria, Portal Resistencia



Fuente: Fotografía propia, tomada en Portal Resistencia, 29 de mayo de 2021.

Al principio no sabían de dónde saldría la comida, pero, viendo la olla, ¡no la iban a dejar vacía! Los vecinos aportaron alimentos o trabajo, lo que cada uno pudiera. Finalmente, la comida no faltó; la solidaridad brotó como una reacción en cadena. “Ya no son solo los vecinos; ahora vienen incluso personas de otros barrios”. Se turnaban, como los muchachos: unos en la primera línea, otros en la segunda, apoyando; otros en la línea médica, incluso, los de derechos humanos.

El joven que nos recibió el mercado era egresado de una universidad pública. Nos decía que en el movimiento había profesionales, universitarios, pero también muchos jóvenes que no habían terminado el bachillerato, o que no habían entrado a la U. Comentó que en los medios repetían que los jóvenes que participaban en el estallido no sabían lo que querían ni por qué luchaban, pero no era así: tenían claras sus metas. No coincidían necesariamente con las de las centrales obreras que estaban en el Comité del Paro. Aunque había reivindicaciones propias, la lucha era común y hacían encuentros con las primeras líneas de otros sectores de la ciudad; pero el asunto iba más allá: implicaba a sectores amplios de las comunidades que participaban de múltiples maneras, no solo en las movilizaciones, también en asambleas populares, o en trabajos educativos conformando espacios de formación artística, bibliotecas, huertas comunitarias. Había un trabajo barrial que no se veía, que iba más allá de la confrontación.

Habló también sobre la imagen que de ellos, como vándalos o terroristas cuando en realidad su finalidad era defender el derecho a la protesta y generar un cambio. A veces no era posible mantener la cordura, no solo por la cólera, sino porque las provocaciones del Esmad (escuadrón antidisturbios) eran constantes y muy fuertes. Todo transcurría bien hasta que el escuadrón prendía la chispa de manera disimulada, para después justificar la agresión. Nos comentó que en las noches las confrontaciones eran muy violentas, intentan desalojarlos a la fuerza; sin embargo, querían el diálogo. Incluso vino un par de días el secretario de Gobierno de la Alcaldía, pero las conversaciones con él tampoco condujeron a nada. Llegó a poner allí un toldo y un “centro de mando”, desconociéndolos... Pero agregó que el problema fundamental era que para las bandas del narcotráfico el paro había resultado un gran inconveniente: por ejemplo, ahí, en el portal, muchos de los barrios aledaños eran verdaderas ollas, y “los ‘traquetos’ están en la mala”: con el paro la venta cayó. Incluso varios jíbaros se sumaron a las protestas y dejaron de vender. La Policía participaba del negocio, ese tráfico no se hacía sin su

consentimiento: también a ellos el paro les afectó el negocio. La magnitud de la represión tenía que ver con la bronca mancomunada de narcos y policías. No se limitaban a confrontar la protesta, sino que la infiltraban para vandalizar, desacreditar el movimiento y justificar la represión, todo con el fin de restablecer el “libre mercado”.

La tarde ya caía cuando, atraída por un imán, la multitud dispersa se arremolinó en un costado de la plaza: acababan de hacer su ingreso los jóvenes de la primera línea, con sus escudos hechizos, muchos con la bandera invertida, sus cascos improvisados, sus rudimentarias máscaras para escapar de los gases. Se pararon en fila, cada uno al lado del otro frente a la multitud: aire ceremonial, gesto ritual. Lo único que uniformaba a este conjunto de jóvenes dispares ataviados según la creatividad y los recursos de cada cual era un ropaje de orgullo y coraje, exaltado por la admiración esperanzada de la comunidad, que los idealizaba mientras se tomaban fotos a su lado, sin reparar en lo precarios que finalmente parecían sus atavíos frente a las negras armaduras de *RoboCop* del Esmad. Se trataba de una confrontación muy desigual, redoblada por el uso de las armas, supuestamente no letales, por parte de la fuerza pública. Con estas imágenes, decidimos despedirnos y dejar el lugar.

Se nos estalló el espejo

Una semana después de haber comenzado el estallido, encontré un corto video en el cual Julián Vásquez hacía una breve descripción de lo que vivía el país por esos días; transcribo el primer aparte:

Todo lo que está sucediendo en Colombia nos produce al mismo tiempo una sensación de extrañeza y familiaridad, como algo que parece desconocido y lleno de horror pero que no obstante cierta parte de nosotros reconoce como propio, como íntimo y cercano. La situación que atraviesa el país nos revela algo que nosotros conocemos pero que pretendemos olvidar, trastoca nuestras emociones y nuestra cotidianidad. Vemos a comunidades indígenas que derriban con su furia ancestral los monumentos de los conquistadores, a cientos de miles de jóvenes populares lanzados a las calles con desesperación, con hambre, con sed de presente y de futuro; y a ejércitos privados de fuerzas paramilitares disparando contra los ciudadanos en camionetas de alta gama. De un día para otro Colombia amaneció y era Colombia, nuestro país se nos reveló como lo que siempre ha sido, una Colombia racista, clasista,

criminal; aquella Colombia en la que crecimos, en la que a fuerza de cotidianidad y dolor intentamos olvidar todos los días y cuya realidad explotó frente a nosotros como una bomba molotov aquel hermoso 28 de abril cuando nos vimos sacudidos por todo lo que deliberadamente omitimos para mantenernos vivos y con algo de estabilidad mental. (Vásquez 2021)

Esta descripción, realizada al calor de los hechos, subraya con acierto el siniestro contraste entre la “sensación de extrañeza y familiaridad”. Ese 28 de abril, como de costumbre en época de pandemia, Colombia amaneció somnolienta, y al mirarse en el espejo fue estremecida por algo fantástico y ominoso. Como Freud (1992a) bien lo dilucidó, lo ominoso no surge ante lo desconocido, misterioso y ajeno, sino frente a aquello que, si bien goza de estos atributos, al mismo tiempo se nos revela como todo lo contrario. Lo ominoso o lo siniestro se manifiesta cuando chocamos con el hecho de que eso desconocido, extraño y ajeno es, al tiempo, lo más íntimo, entrañable y familiar; cuando eso tan bizarro, reprochable e indeseable que siempre atribuíamos al extraño, al intruso, repentinamente se nos aparece como lo más propio y deseado, como aquello que secretamente —tanto que no nos atrevíamos a confesárnoslo— nos constituye desde siempre. Pues bien, esa mañana aquello tan fabuloso y siniestro, tan familiar y horroroso a la vez, no era otra cosa que la misma Colombia. Colombia descubría que lo más rechazado, aquello irrepresentable de sí misma, lo radicalmente reprimido, la constituía en lo más íntimo: una Colombia machista, racista, clasista, criminal, mafiosa, paraca; y otra que, por fin, se hartó de todo esto que hace parte de ella.

El término *estallido* figura bien la reacción que experimentó lo intensamente reprimido hasta entonces: ¡estalló! Y es que lo ominoso implica también un retorno del deseo reprimido, la inminencia de su realización, lo cual es angustiante y explica la sensación de extrema angustia vivida de manera generalizada en aquellos días. Eso estalló en la escena pública con fuerza y amplitud inusitadas: detonaron como nunca las ansias de cambio, de justicia, de equidad, de dignidad y de reconocimiento de las diferencias negadas durante años y años de explotación y opresión. Pero también estalló a cielo abierto, ahora de manera desembozada, la reacción que había actuado de forma más o menos encubierta frente a estos reclamos: la brutal represión a cargo de las fuerzas policiales y de la Fiscalía, así como de algunos sectores

de las clases altas de la sociedad que respondieron contra los protestantes con acciones paramilitares, aquí, en plena ciudad. Tras la imagen tradicional del paramilitar de botas, camuflado, fusil y motosierra, surgió la del joven emprendedor, ejecutivo de pistola, autodenominado “gente de bien”.

De ollas y de discursos

Dos enormes pasacalles presidían el Portal de la Resistencia en los que se leía: **ESPACIO HUMANITARIO—AL CALOR DE LA OLLA**. La olla comunitaria tutelaba el estallido; irrumpió con fuerza en medio de las ollas del narcotráfico plantándoles una drástica objeción, como al discurso mafioso. No fue por un impedimento práctico, no se trataba únicamente de la disputa por el territorio antes a merced de los jíbaros y, ahora, ocupado por docenas de jóvenes, familias, actividades culturales y cientos de cámaras filmándolo todo. La molestia tampoco fue que algunos jíbaros rechazaran los \$300.000 o \$500.000 que recibían por “ir a ‘sicariar’” y optaran por unirse al estallido. Si ya no podían salvar sus vidas, consumidas por la droga, trataban de salvar las de sus hijos —tal como se lo expresaron al periodista Alberto Tejada de Canal 2, en Cali (Henao 2021)—. Ricardo Méndez, “el profe”, líder de la primera línea en Cali, así lo testimoniaba:

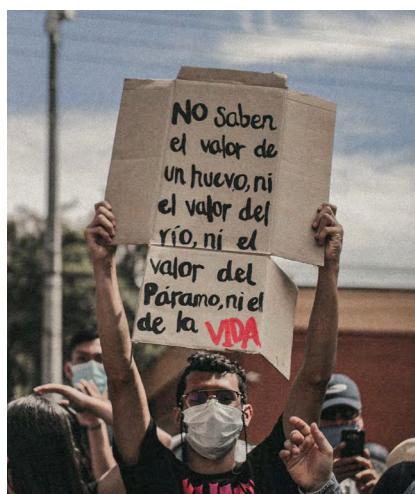
el problema ni siquiera era que durante el estallido se hubieran borrado las mortales e infranqueables fronteras entre partes del mismo barrio, adscritas a bandas distintas, [...] y que los de arriba, que no se hablaban con los de abajo, que eran de organizaciones del narcotráfico distintas, se unieran. [...] ¡Eso fue espectacular! al punto de que uno de los muchachos le salvó la vida al otro que días antes era el enemigo; o sea, jandaban como hermanos! [...] Esta hambre que teníamos nosotros, esta necesidad generó que nos olvidáramos de todo y nos uniéramos. Todos hacen mérito, las mamás con sus ollas en la olla comunitaria, con desayuno, con café... las personas que aportaban alimento, personas que no tenían, no sabemos de dónde salían, nos daban alimentos. (Méndez 2021)

El narcotráfico no aceptó los cambios que introducían el estallido y la olla comunitaria: dos años después de los hechos, la Fiscalía determinó que el grupo narcotraficante La Cordillera fue el responsable del crimen del líder pacifista Lucas Villa, el 5 de mayo de 2021, en medio de un plantón pacífico cerca de Pereira, en pleno estallido. “Las pruebas revelan

que los máximos cabecillas de La Cordillera consideraban que la labor que ejercía Lucas Villa durante las jornadas de protesta afectaba los intereses del grupo ilegal” (El Espectador 2023). Sin embargo, el malestar no era solo de los ‘traquetos’; sus implicaciones eran amplias y profundas, y estaban enraizadas en lo más estructural de nuestra historia. Se trataba de “la disputa por el objeto en el lazo social” (De Castro 2003): por la coca, en la olla del narcotráfico; por la comida y la palabra, en la olla comunitaria.

No sin razón, el florero de Llorente del estallido fue el asunto del valor de los huevos. Alberto Carrasquilla, impuesto a Duque como ministro de hacienda por el expresidente Uribe, para que le cuidara “los tres huevitos” que descuidó Santos, tasó muy por debajo de su precio la docena de huevos que pretendía gravar, con el resto de la canasta familiar, en medio del hambre de la pandemia (El Espectador, 19 de abril de 2021). Recuerdo la imagen de un joven en una de las marchas: travestido, portaba una falda confeccionada con bandejas vacías de huevos, bajo la cual colgaban dos enormes y peludos testículos de papel y un letrero que decía: “Carrasquilla/ H D S P M / aquí tiene sus huevos/ a \$1.800”; y el cartel de otro joven: “No saben el valor de un huevo, ni el valor del río, ni el valor del páramo, ni el de la VIDA”.

Figura 3. No saben el valor de un huevo, ni el valor del río, ni el valor del páramo, ni el de la VIDA



Fuente: Anónimo. Sin enlace.

Figura 4. Sus huevos a \$1.800



Fuente: Anónimo. Sin enlace.

Las dos ollas, la del narcotráfico y la comunitaria, constituidas en principio por el vacío que las define, se oponen radicalmente en cuanto al destino que cada una le da a ese vacío. Expresan el conflicto en juego en el estallido. La olla comunitaria, construida con la participación de muchos, con trabajo colaborativo de madres y vecinos, comienza con el don, pero va más allá del intercambio simbólico, de las donaciones de compañeras y amigos. Cualquiera, a pesar de las diferencias, podía encontrar allí un plato de sopa. Se trata de una olla nutricia, participativa y solidaria, que invita no solo al intercambio del alimento, sino al de la palabra. La otra olla, la del narcotráfico, es individualista, explotadora y adictiva, que exige e impone el consumo que consume al consumidor, la ruptura del lazo social y el silencio. La primera transforma en falta al vacío y la hace objeto causa de deseo: solo a partir de la falta puedo participar en la olla, es la condición para entrar allí, en la medida en que otras, otros y yo mismo nos despojamos de algo que le aportamos—así sea mi colaboración, mi palabra, mi sueño—. Acá opera el amor en la concepción lacaniana, que gira en torno a la falta —“el amor es dar lo que

no se tiene” (Lacan 2006, 122)—. La segunda, en cambio, se arma sobre la base ilusoria de rechazar radicalmente la falta mediante la oferta de un plus de goce ilimitado que la colmaría, de un objeto que la obturaría. Obstruye así al deseo —¿a qué desear, si nada me falta?— y, en consecuencia, destituye al sujeto que, paradójicamente, termina en el lugar del objeto. Se trata de la droga, objeto paradigmático del capitalismo, que ofrece un goce absoluto, transgresor. En torno a él, más que con ningún otro objeto en el universo de las mercancías, el sujeto está obligado a conjugarse en el consumo —“yo consumo”— y a fundirse tan sólidamente con él que, finalmente, termina convertido en puro objeto: cuanto más consume, más se consume. Ha pasado a ser el objeto consumido y a quedar al margen del lazo social, pues ya solo existe en calidad de mero objeto de goce, como desecho..., desecharle. Y esto no vale solo para quien padece la adicción y es gozado por ella, sino también, en mayor o menor proporción, para la llamada “mula”, para el campesino obligado a cultivar la coca, para los ejércitos que garantizan su circulación, etc., en la medida en que se trata de un objeto que ha sido puesto por fuera de la ley, en una condición de excepcionalidad, sin ser atravesado por ella. En eso reside buena parte de la promesa de goce y del plus que se embolsilla este inmenso circuito mafioso. Mantener la droga por fuera de la ley exige una degradada guerra eterna que garantiza el magnífico negocio, el carácter perenne de su inagotable plus de goce.

A lo anterior se suma que ese objeto —droga— genera un efecto metonímico: en su desplazamiento cubre con el carácter de objeto fuera de ley a los demás objetos que entran en su recorrido: precursores, armas, minería, juegos de azar, gota a gota, prostitución, funcionarios, policías, generales, guerrillas, políticos, banqueros, presidentes y, obviamente, la tierra. Esta última, a pesar de estar destinada en nuestra Constitución a los campesinos (Artículo 64), paradójicamente ha sido mantenida tan fuera de la ley que aún no logramos hacerla entrar en registro alguno, en un catastro o, incluso, en una contabilidad. Tal como lo afirmó Gerardo Vega, director de la Agencia Nacional de Tierras, “El Estado colombiano no sabe quiénes son los propietarios de la tierra” (Infobae 2022). Su extraterritorialidad con relación a la ley obviamente no esperó el auge de la droga; es tan antiguo como la Nación y opera como una de las fuentes de nuestros conflictos armados. Nótese que quienes se han opuesto por todos los medios no solo a una reforma agraria, sino incluso a la existencia de un catastro rural —en

general también se oponen a la legalización de la droga—, no hacen sino garantizar que esa tierra esté fuera de la ley, como una suerte de objeto irrepresentable, incommensurable, literalmente fuera de las escrituras, como un objeto *a plus* de goce —diríamos en psicoanálisis—. Esto es muy importante, pues implica que el narcotráfico no engendró la ilegalidad, sino que este sistema mafioso preexistía. Más aun, el carácter mafioso que impera en buena parte de nuestra sociedad, basado en las rentas ilegales, el contrabando, la explotación a ultranza de los otros y de la naturaleza, es tan viejo como el país, y el narcotráfico simplemente cayó en el terreno fértil de una extraterritorialidad con relación a la ley. El mismo carácter de objeto *a plus* de goce, fuera de la ley, que hoy tiene la droga, lo han tenido en uno u otro momento todos los objetos de la historia de nuestra economía extractivista, desde la tierra, pasando por el caucho, el banano, las esmeraldas, el petróleo y el oro, hasta llegar a la coca (Figueroa 2001). Pero un análisis cuidadoso revela que, tras todos esos codiciados tesoros, el objeto final de la explotación es el indígena, el cauchero, el campesino, el afro, las mujeres, y que oculto tras el brillo de estos bienes del mercado, el último objeto buscado, el que secretamente mueve toda esta economía, es el cadáver; ese es el auténtico botín. El botín es el desecho mortal. Esta tesis me fue confirmada veinte años después por los crímenes de estado llamados “falsos positivos”, en los que más de 3.000 militares improvisaron fábricas para la producción de cadáveres: jóvenes desempleados asesinados en escenarios de combates ficticios, presentados como guerrilleros muertos en confrontaciones, para satisfacer el mandato de la voz omnipresente que exigía incrementar el conteo de cuerpos (Figueroa 2021).

Arturo Cova consigna en su diario de *La vorágine* el testimonio de la sangrienta masacre de San Fernando de Atabapo, ejecutada por Funes, coronel venezolano que en realidad existió: “Y no pienses que al decir ‘Funes’ he nombrado a persona única. Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed de oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico” (Rivera 1984, 243). Rivera dice que este cauchero es un sistema; diré aquí que “el mafioso”, más que uno u otro delincuente, es un sistema... o mejor, que es un *discurso*, la forma particular que en nuestro país ha tomado el “discurso” capitalista: “discurso”, entre comillas, porque, si todo discurso es una forma de lazo social y de regulación del goce, el capitalismo destruye el vínculo social (Lacan 1992, 116). Entonces, el “discurso” mafioso es una manera

particular de articulación entre la forma de agenciar la relación con los otros, el saber-trabajo y el producto, que levanta la regulación del goce, aborrece los “asuntos del amor”, imposibilita el lazo social y termina por ubicar al sujeto en el lugar de un objeto de despojo. Podemos estar inmersos en él y operar como sus agentes y su objeto, sin haber consumido un gramo de cocaína, sin haber tenido contacto con mafioso alguno o con sus múltiples testaferros.

Mafioso es, entonces —para decirlo con Cova—, un “estado de alma” que se actualiza en buena parte de nuestra sociedad, mientras la disgrega. Su ubicuidad es inmensa. Se asocia en gran medida, sin reducirse o deberse a ello, a esas identificaciones con los ideales patriarcales, machistas, racistas y clasistas que rechazan radicalmente la falta, la diferencia y la ley, aunque claman por su supuesto cumplimiento bajo la mano dura de un gran padre imaginario omnipoente que la transgrede. La presencia de este “discurso” no admite maniqueísmo alguno; puede actualizarse desde la familia, hasta las instituciones más formales de la sociedad. No se circunscribe a una clase social, sino que las atraviesa a todas.

En tanto se trata de una forma del discurso del capitalismo, Colombia no es en esto una suerte de “caso patológico” de rara excepción. Al contrario: en esto estamos en la cresta de la ola de la contemporaneidad. Implica el objeto plus de goce puesto en el lugar del ideal que, como imperativo superyoico, gobierna buena parte de nuestras vidas, nuestra relación con nosotros mismos, con nuestros cuerpos, con los demás y con las instituciones. Este lazo social mafioso ha regido buena parte de nuestra historia, al lado y en permanente conflicto con otros discursos. Con el auge del narcotráfico se hizo más notoria su presencia. Algunos de sus rasgos alcanzaron niveles disruptivos de lujo, ostentación, derroche e impunidad. Pero esas extravagancias se disolvieron y el “discurso” se extendió y se mimetizó. Ya pasó el tiempo del enfrentamiento entre dos carteles, o el de las explosiones diarias en los centros comerciales. La mafia ya no enfrenta al Estado; lo penetró, se hizo Estado. Muchas pintas y consignas del estallido lo señalaban claramente: “s.o.s., nos está matando el narcoestado”.

Esta presencia, devenida silenciosa, alcanzó una mayor dimensión con el retorno del uribismo al poder, en la más absoluta impunidad. El episodio más elocuente fue aquel que posibilitó este triunfal regreso; me refiero al de los dineros de los narcos y paramilitares para la compra de votos en favor del candidato Iván Duque. Así, la “ñeñopolítica” pasó

impune ante la Fiscalía, a pesar de que el país entero escuchó las conversaciones en las que la entonces secretaria privada del expresidente Uribe, en el Senado, hablaba con “El Ñeñe” Hernández de “meter bajo la mesa mil millones de pesos para la campaña de Iván Duque”; como lo documentó el periodista Juan David Laverde de Noticias Caracol (2020). El discurso mafioso campeó a sus anchas. Ya ni siquiera los laboratorios para el procesamiento de la droga se ocultaban en la selva, sino que se ubicaban cerca a Bogotá. El caso de la finca del embajador Sanclemente, procesadora de cocaína a 60 kilómetros de Bogotá fue “solo la punta del iceberg” (Caracol 2021). El retorno del uribismo revitalizó el discurso mafioso. Su nuevo Gobierno era, en buena medida, arrogante mentira, trampa, maquillaje, dolo y cifras alteradas, desde las hectáreas devueltas a campesinos desplazados, las de coca erradicada (Saavedra 2021), las cifras de las masacres, asesinatos, hectáreas reforestadas, etc. (Lewin et al. 2021). Todo era engaño: los títulos académicos de muchos funcionarios, de la presidenta de la Cámara de Representantes; la cantinela del presidente Duque sobre su supuesto cumplimiento del Acuerdo de Paz, con su particular enfoque de “paz con legalidad”..., hasta el retorno de los “falsos positivos” (Miranda 2019).

En 2018, año de la elección de Duque, Edson Velandia compuso una canción que animó los tres paros siguientes y que expresa muy bien el hartazgo por la corrupción, la impunidad, la inequidad y la discriminación que vivíamos³:

Hace más de cinco siglos / Que los vagos del gobierno / Arribaron
del infierno / En los barcos de un pirata / Con letras, curas y ratas
/ A llevarse sin pagar / Oro, plata y Reficar / Agua, tierra, pan y
leche / Y a lavar con Odebreche / Las lucas en Panamá // Que los
mantenga su madre patria / Su madre patria / Que los mantenga
su madre patria / Su madre patria [...] Estos son los requisitos / Pa’
ser multimillonario / Pague el mínimo salario / Al que necesite
un puesto / Evada to’ los impuestos / Y apoye su candidato / Pa’
que agilice contrato / Dele coima al enemigo / Cianuro dele al testigo
/ Y dele cuota al paraco // Que los mantenga su madre patria /

³ Edson Velandia y Adriana Lizcano, “Su madre patria”: Jorge Velosa, Andrea Echeverry y César López, “Somos miles de miles”: https://www.youtube.com/watch?v=_4kkUSdTpZo

Su madre patria / Su reverenda madre / Su madre patria [...] En la
Casa de Nariño / Secuestraron al Estado / No quieren estudiantado /
Ni universidades públicas [...] // Que los mantenga su madre patria/
Su madre patria [...] (Velandia y Lizcano 2018)

Dos meses antes del estallido, el 12 de febrero, la JEP reveló la cifra: 6.402 “falsos positivos” documentados. 3.582 implicados de la fuerza pública comparecieron voluntariamente ante esta jurisdicción (JEP 2022). Junior Jein, cantautor y líder social, también fue asesinado en los días del estallido. Semanas antes grabó una canción a propósito de la masacre de cinco niños afro que chupaban caña de azúcar en un cultivo cerca de Cali; uno de sus fragmentos dice⁴:

Madre, no llegaré a la hora de la cena [...] Volvió el monstruo
que acecha / El que despoja las tierras / Y el que pudre las cosechas /
Tiene la mirada fría y carece de empatía / Su apetito es insaciable, tiene
la panza vacía / No cree en edades, ni dogmas, ni formas, ni normas
 [...] ¿Por qué ser otro desaparecido? / ¿Por qué darlo todo por perdido?
/ ¿Por qué cambiar mi nombre y apellido? / ¿O me quieren pasar
por otro falso positivo? (Hendrix, Góngora, Play y Jein 2020)

Su canción teje cuidadosamente varios elementos del conflicto armado en Colombia, la disputa entre las ollas: la de la madre que prepara la cena, y la otra, representada aquí en esa “panza fría” e insaciable del monstruo que “despoja las tierras” y destruye las cosechas, cuya voracidad no colma ningún objeto —otra forma, aunque paradójica, de prescindir de la falta—. Con el objeto oral como centro, articula la transgresión de la ley, el despojo de la tierra, la droga, la desaparición forzada y los falsos positivos. Una, la olla nutricia compartida; la otra, en la que uno mismo es el objeto sin nombre ni apellido, devorado por ese monstruo insaciable: “Un país que siembra cuerpos”, rezaba otro cartel de las marchas.

Se leía en multitud de murales, pancartas y carteles. Se gritaba en las 12.478 protestas que hasta el 4 de junio reportó el Estado a la Comisión de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en su informe (CIDH 2021), en los 862 municipios que participaron en el estallido. En ellos

⁴ Hendrix, B., Nidia Góngora, Alexis Play y Junior Jein, “Quién los mató”: <https://www.youtube.com/watch?v=i7vBVvvHBYY>

insistía la misma pregunta, referida a los “falsos positivos”, borrada muchas veces por los militares: “¿Quién dio la orden?”. Jóvenes de aquí y de allá cantaban con los Alcolirykoz (2021): “Vas a recoger café... y terminas con las botas al revés”. Las botas invertidas se constituyeron en símbolo de los “falsos positivos”, los *performances* con ellas fueron constantes en marchas y plantones⁵.

Contra todo esto se levantó el estallido. La olla comunitaria, multipli- cada en muchos barrios, no se rebeló contra un Gobierno o una reforma tributaria. Se sublevó contra la hegemonía de ese discurso mafioso, contra ese “estado de alma”, exacerbado por décadas en nuestra sociedad y en el que con frecuencia participamos de maneras insospechadas. Sin embargo, narcos y paras son las figuras icónicas que le son asociadas, y muchas de las consignas del estallido eran en su contra: “el que no apoya el paro, apoya al para”, o “el que no salte es paramilitar”, o la constante referencia al “narcoestado paramilitar”. El 3 de junio, quinta semana del estallido, Lianna, Briela Ojeda y La Muchacha (2021) se subieron al metro de Medellín y cantaron y grabaron un video que se hizo viral⁶:

Hay ríos de sangre, en la calle, en la calle / gritos desesperados
de una madre, de una madre / no sé cómo ese llanto los deja vivir
/ con las manos llenas de sangre se van a dormir // Si aquí la gente
para, el Estado dispara, fue la orden del para / si aquí la gente para,
el Estado dispara, fue la orden del para [...] (api 2021)

En el estallido los y las jóvenes se enfrentaron a ese poder y le plantaron cara al orden mafioso, a riesgo de perder sus ojos o, incluso, la vida. Con La Muchacha, otra de las voces más importantes del estallido, proclamaron que ya se hartaron de estar ahí sentadas⁷, “y todo tan *paraco* / tan sucio, tan verraco / tan por debajo e’ la mesa /”, no soportaron más seguir “ahí parchados” mientras todo está “tan mordido / tan desaparecido /

5 Alcolirykoz, “La caza de Nariño (con Junior Zamora). Prod. El Arkeólogo”: <https://www.youtube.com/watch?v=sesxG6HfVvA>

6 Briela Ojeda, Lianna y La muchacha, “Aquí la gente para, el Estado dispara. La canción sobre el Paro Nacional”: <https://www.youtube.com/watch?v=XCVVqVmg1og>

7 La Muchacha, “La sentada”: <https://www.youtube.com/watch?v=3n6nR6o6fzM>

tan por debajo e' la tierra", se hastiaron porque "nos embutieron la guerra / hasta el fondo de la tráquea" (La Muchacha 2020). Entonces gritaron⁸:

A mí no me azara su pistola / yo también tengo hambre de matar.
/ Pero a mí esos fierros no me gustan. / Yo saco las uñas pa' pelear.
[...] A mí no me calla su sevicia / ni sus máscaras de la maldad. /
Porque vengo con combo azaroso/ que no come de su autoridad [...]
Y a mí que no me coja la muerte/ ni siquiera en la puerta e' mi casa/
porque en esta tierra que es tan mía / no tengo que chuparme las balas.
(La Muchacha 2021)

Con esta otra canción se sacudieron del poder de la olla mafiosa: ya "no comen de su autoridad". En cambio, reivindicaron la transformación en el discurso que implica la olla comunitaria: la *juntanza*, los valores de la tierra, que no debe ser objeto del mercado; los de la semilla, que no debe ser objeto de la tecnociencia atada al gran capital: "Y le hacemos fuerza a la semilla/ porque usted la trata de ilegal/ tenemos el *power* de la Minga/ *power* y junta pa' alimentar" (La Muchacha 2021). La autoridad del *para* ya no colma esta hambre de la juventud.

"YA SE CAYÓ... EL MONUMENTO"⁹:

Había una vez un infiltrao' / Que lo tenían identificao'
/ Todo el mundo lo conocía, le decían "El Infiltrao'" /
Lo conocían los Misak / Lo conocían los Wayuú / Lo conocía
todo el parche LGBTIQ / El que no salte es el infiltrao' / El que
no salte es el infiltrao' [...] Había una vez un presidente /
Que era un escándalo / Que era un escándalo / Mataba niños
inocentes / Gobierno vándalo, gobierno vándalo / Lo decían
los estudiantes / Lo decían los camioneros / Lo decían
las caleñas / Lo decían los comuneros / El que no salte es el
infiltrao' / El que no salte es el infiltrao' [...] Eh, ya se cayó...
el monumento / Ya se cayó... el monumento [...] Y el que no
salte es el infiltrao'. (Velandia 2021)

8 La Muchacha, "No Azara": <https://www.youtube.com/watch?v=j4Wt3MJrpIk>

9 Edson Velandia, "El infiltrao": https://www.youtube.com/watch?v=_g2-5odk99o

Amanecía ese 28 de abril cuando los misak, en Cali, derribaron la estatua de Belalcázar, el “conquistador” (Torrado 2021b). Ese acto devino la instalación del Paro Nacional en todo el país: quienes nos aprestábamos a marchar aquella mañana ya contábamos con la imagen de esa destitución. El prohombre que fundó Cali y Popayán, el Belalcázar de nuestras clases de primaria, ahora caía del pedestal y nos dejaba ver sus vergüenzas, ¡qué horror! El destape que producía el estallido nos revelaba algo que solo conocían algunos historiadores, y los misak: el despojador había sido un cruel genocida, asesino y violador; como tantos otros, ¡gente de bien!

Igual suerte corrió el monumento de Gonzalo Jiménez de Quesada, en Bogotá, y un grupo de jóvenes hizo lo propio con Cristóbal Colón, en Barranquilla. Pero el ídolo finalmente derribado por el estallido fue Uribe Vélez, padre imaginario de un amplio sector de la sociedad colombiana. Las protestas del estallido se presentaron en cerca del 80 % de los municipios del país (CIDH 2021) y, en la mayoría de ellos, no faltaba una inmensa pancarta o un mural con el nombre de la población, barrio o ciudad, seguida de la expresión “antiuribista”.

Figura 5. Colombia: antiuribista



Fuente: Anónimo. Sin enlace.

Antes, en agosto de 2017, *El Tiempo* anuncia lo siguiente: “Por primera vez, Álvaro Uribe tiene una opinión negativa mayoritaria” (Rojas 2017). El periodista manifestaba su asombro pues “Uribe había acostumbrado a los colombianos a ganar siempre. A nadar victorioso contra la corriente [...] ‘el hombre teflón’: nada lo afectaba”. Señalaba también que “Uribe ha sido el líder con más favorabilidad como presidente y como expresidente, y por más años”.

Nueve meses después, el 6 de mayo de 2018, Uribe buscaba votos para Iván Duque, su candidato. En varias poblaciones repitió la misma exhortación: “¿Me olvidaron? Si me olvidaron, digan de una vez porque me amarro una piola en la nuca y me tiro al Magdalena” (360 Radio 2018). La advertencia de este acto sacrificial es la de un padre que, más que anunciar su inmolación, exige a sus hijos que se sacrificuen por él. Expresa el reproche por el olvido y hasta por el rechazo de quienes otrora le brindaron una opinión favorable del 85 %. No obstante, si tomamos su mensaje tal como le regresaría del Otro, del “lugar del código”, es decir, “en forma invertida” (Lacan 1984, 287), el “¡si me aborrecen, me sacrifico!” implica en realidad un “¡sacrifiquense por mí!”. Y es que, en efecto, sacrificio es lo que se ha exigido a muchas generaciones de jóvenes de sectores populares de Colombia. Durante años hemos seguido a pie juntillas esa orden del padre. Generaciones enteras de hijos e hijas sacrificadas en una “guerra contra el campesinado” (De Justicia 2022): esa es la realidad de este conflicto armado. “Prefiero un hijo muerto que marica” (Albarracín 2016), rezaban algunos de los carteles de las marchas contra el Acuerdo de Paz que supuestamente implicaba, según la versión que propalaron, “homosexualizar” a niños y niñas: ¡preferible sacrificarlos! Como anoté al comienzo, con ese y otros embustes de igual talante, replicados por muchas iglesias, en particular las pentecostales (Beltrán y Creely 2022), el uribismo derrotó en el plebiscito la aprobación del Acuerdo de Paz y ganó las elecciones de 2018; sin embargo, el estallido se sublevó contra el sacrificio de los hijos exigido por el padre imaginario que cayó: fue una verdadera refrendación de la paz.

Este no es el espacio para analizar la figura de Uribe Vélez como líder, ni el lazo que estableció con sus seguidores; solo subrayaré que se entronizó de manera muy eficaz en el lugar de padre imaginario, en detrimento del Nombre-del-padre (Lacan 1999); de hecho, muchos no se atreven a nombrarlo: devino “el innombrable”. Su decir, cargado de diminutivos que ubicaban a los colombianos en el lugar de sus “hijitos”, constituye

un discurso dirigido a los críos a quienes el padre les refiere, de nuevo de manera sacrificial, su propia muerte, el momento en que desaparezcan sus “carnitas” y sus “huesitos”. Pero son ellos, los hijitos —a los que pide “dejar el gusto para después”—, los que quedan entonces en el lugar del desecho, sacrificados al autoritarismo del padre. El diminutivo, como el objeto pulsional, es del orden del pedacito, del trozo, del resto. Si lo cernimos, y sacamos lo que hay en él de amor, notamos que se trata de un desecho abyecto. Recuerdo el hallazgo de una analizante: cuando su padre enunciaba irónicamente ciertos diminutivos, el asco y las ansias no dejaban de asistirla.

Como lo señaló la escritora Carolina Sanín (2019), Uribe es “el *individuo* que se ha convertido en el padre autoritario de tantos colombianos (y a quien tantos colombianos le transfieren su propio deseo por el padre autoritario)”. Para ser reelegido, el entonces presidente Uribe presentó su “Manifiesto democrático”. Constaba de cien puntos de los cuales el último comenzaba así: “Miro a mis compatriotas hoy con más ojos de padre de familia que de político” (Uribe 2006). Ningún líder en la historia del país ha explotado tanto el papel de padre, ubicándose explícitamente en ese lugar, con enormes réditos. Sus seguidores respondieron con un fervoroso fanatismo este llamado del padre autoritario y salvador. Un elocuente botón de muestra: la senadora Paloma Valencia, justo en medio de la campaña adelantada por su partido en contra del plebiscito por la paz, exhibió orgullosa en las redes sociales un cuadro en el que el Sagrado Corazón tiene las facciones de Uribe. Uribe se ubicó como un padre, pero, al tiempo, no hay figura política que represente mejor el discurso mafioso tan hondamente enraizado en Colombia. Sobre el particular, Omar Rincón, escribió que “Álvaro Uribe [...] es el símbolo, el ícono, el relato de la Narco.lombia” (2009).

La verdad, somos un territorio marca narco no por la coca sino por cómo nos comportamos y lo habitamos, desde el presidente hasta quien escribe este texto. Lo narco es una estética, pero una forma de pensar, pero una ética del triunfo rápido, pero un gusto excesivo, pero una cultura de ostentación. Una cultura del todo vale para salir de pobre, una afirmación pública de que para qué se es rico si no es para lucirlo y exhibirlo. El método para adquirir esta cultura es solo uno: tener billete, armas, mujeres silicona, música estridente, vestuario llamativo, vivienda expresiva y visaje en autos y objetos. Ah... ¡y moral católica! (Rincón 2009, 148)

Rincón escribía esto hace más de doce años. Desde entonces el orden de lo mafioso ha pulido sus aristas disonantes al tiempo que ha extendido su dominio. Aunque el autor analiza la estética y la ética, no los discursos, aporta elementos. Ya lo anoté: el discurso va más allá y es independiente de los referentes imaginarios que se le asocien, lo cual implica que se puede agenciar el discurso mafioso sin estar necesariamente identificado con la imagen del narco.

La pérdida de la popularidad de Uribe comenzó años antes del estallido y, aunque aún conserva muchos fieles seguidores, fue mellada poco a poco al son de los lentes procesos judiciales en los que está encausado —los de las masacres de El Aro y La Granja y los de la compra de testigos—, así como por las revelaciones de la JEP sobre los “falsos positivos” y al papel del ejército y los paramilitares, no solo de la guerrilla, en los horrores del conflicto armado, guerra que Uribe se empeñó en mantener al liderar con engaños el voto en contra del Acuerdo de Paz. Necesitaba la guerra, pues la paz lo dejaba sin ideario político, le sustraía su ser, que no era otro que, dicho en sus palabras, “la culebra de las FARC” (El Tiempo 2009).

A pesar de su pérdida de popularidad, no era fácil destituir la imagen de este personaje ubicado en el lugar de padre, tan terrible y temido como amado. Que se pueda amar al padre violador, al tiempo que inconscientemente se deseé ser el objeto de sus castigos, y que en el mismo lance se busque cubrir todas sus fallas, manteniéndolo idealizado, es algo que el psicoanálisis desentrañó hace ya mucho tiempo (Freud 1992b; 1992c). Si en este país de papás fugados, le sumamos la figura de representante del discurso mafioso a esta de padre imaginario omnipotente, que está por encima de la ley, tenemos entonces que su poder es aún grande, tanto como el temor que todavía infunde; esto hace mucho más significativo que las jóvenes del estallido hayan denunciado, con su lucha y con su canto, que aquí la gente para y el Estado dispara, pues esa “fue la orden del para”, gritándole a viva voz: “¡No me diga que me quede quieta, esto es lucha!” (Briela Ojeda, Lianna y La Muchacha 2021), o “A mí no me azara su pistola. A mí no me calla su sevicia, ni sus máscaras de la maldad” (La Muchacha 2021). Y es que el estallido no hubiera sido sin la Minga indígena, pero, sobre todo, sin las mujeres, primeras en impugnar al “macho violador”. Si como lo dicen Las Tesis en su famosa canción, “el estado opresor es un macho violador”, no ha habido en la historia reciente del país mayor Estado violador que el de los tres períodos

del uribismo. Recuerdo acá las palabras de Alison: “me manosearon hasta el alma”; se suicidó algunas horas después de haber sido retenida y puesta en libertad por la Policía, en Popayán (El País 2021); o el “Nos están matando”, de Lucas Villa, asesinado en Pereira, o los otros 79 casos de chicos y chicas asesinados durante el estallido, algunos a manos del Esmad, otros del GOES (Grupos Operativos Especiales de Seguridad), del CTI (Cuerpo Técnico de Investigación Criminal y Judicial) o de la Policía, según datos de Indepaz (2021).

Uribe no fue pasivo ante el levantamiento de la juventud. Todo allí se rebelaba contra él. En ese momento, al ser la persona que mayor ascendiente ha tenido sobre la fuerza pública, presta a descifrar y a cumplir su deseo, azuzaba por Twitter a soldados y policías a “utilizar sus armas para defender su integridad y para defender a las personas y bienes de la acción criminal del terrorismo vandálico” (Torrado 2021a). Y efectivamente, Duque y las Fuerzas Armadas tomaron sus mensajes como mandatos y obraron en consecuencia: cobraron en vidas y en ojos la osadía de haberse atrevido a mirar, a revelar lo real tras esta realidad y a rebelarse contra ella: “el país está abriendo los ojos, pero el Gobierno no quiere eso, literalmente nos quiere dejar ciegos”, decía Wilmar Lopera a quien el Esmad anuló un ojo (Escobar y Morales 2021).

El Esmad puso en juego el odio a las mujeres y el arcaico simbolismo de la castración: disparó con saña a los ojos —103 jóvenes sufrieron traumas oculares severos durante el estallido (Federación Médica Colombiana 2021)—. Como lo señala Freud (1992a), perder los ojos implica una de las más intensas angustias, sustituto de la angustia de castración. La angustia de ser enucleado

pervive en muchos adultos, que temen la lesión del ojo más que la de cualquier otro órgano [...], el estudio de los sueños, de las fantasías y mitos nos ha enseñado que la angustia por los ojos, la angustia de quedar ciego, es con harta frecuencia un sustituto de la angustia ante la castración. (Freud 1992a, 231)

No por clásica dejaré de lado la referencia a Edipo, menos cuando planteo que el estallido destituyó al padre imaginario de una parte de la sociedad: “Y en verdad, la acción del criminal mítico, Edipo, de cegarse a sí mismo, no es más que una forma atemperada de la castración, el único castigo que le habría correspondido según la ley del talión”, por yacer

con la madre, darle muerte al padre y atreverse a saber de su acto. No es casualidad que estas notas de Freud se encuentren en el ya citado texto “Lo ominoso”. El autor se vale allí de un cuento de Hoffmann (1985), *El hombre de la arena*, para desentrañar ese particular afecto. En él, un joven universitario revive un siniestro choque: la repetición de un mal encuentro con el fallecido padre de la infancia, en su doble versión, todo bondad y todo terror, que le exige que se sacrifique por él, que sea la niña de sus ojos, su muñequita, el objeto de su goce para satisfacer al amo que a gritos pide “¡ojos, muchos ojos!”. Al final, el héroe de la historia se encuentra, como Edipo, ante sus ensangrentados ojos por el piso, solo que acá estos fueron robados por el padre. El héroe de Hoffmann no podrá librarse del padre omnipotente para asumir su propio deseo y decir, como Johan Nicolás Reina, una de las víctimas de enucleación por parte la Policía: “perdí un ojo, pero no los sueños” (Escobar y Morales 2021). Por otro lado, la Policía buscaba exhibir estas pérdidas para generar un efecto “ejemplarizante”, de horror, de “medusación”. No podemos perder de vista —valga la polisemia— que “estallar” fue el término utilizado por las víctimas para hablar de la agresión, como si estallando sus ojos el Esmad hubiera vengado la osadía de haber hecho estallar la verdad reprimida y la dignidad postergada. Muchas de ellas “pagaron” con sus ojos —que entonces alcanzaron el valor de objeto perdido, desecho— a cambio de sacrificarse ellas mismas a la causa del imperativo del éxito, exigido por el padre imaginario.

EL OBJETO PLUS DE GOCE EN EL LUGAR DEL IDEAL: LA TRITURADORA DEL ÉXITO

Precisamente en uno de los almacenes Éxito de Cali tuvo lugar uno de los sucesos más crueles del estallido. El almacén fue totalmente vandalizado. Los registros muestran imágenes del saqueo, antes de la destrucción de las cámaras. Los vecinos dicen haber escuchado aterradoros gritos durante la noche, sospechan que fue utilizado como lugar de tortura. El 24 de mayo de 2021, en una entrevista, Carlos Mario Giraldo, presidente del Grupo Éxito, decía:

un almacén en donde se rompieron todas las góndolas, en donde se tumbaron muros, en donde se tumbaron los sistemas de seguridad, en donde hubo enfrentamientos al ingreso del almacén con las fuerzas de seguridad, en la defensa —como lo hacen con todos los bienes

públicos y privados—, y que no tenga una mancha de sangre, que nada haya pasado en absoluto, pues eso sería más inverosímil [...]. Ahora: por supuesto eso se constató, pero no hay cuerpos, inclusive ninguna identificación de personas que hayan sido heridas o fallecidas. No hay ninguna denuncia criminal hasta este momento, y eso es muy importante porque las cosas comienzan, para tener credibilidad, por ponerles rostro, por ponerles identidad y por ver de dónde vienen y por qué pasaron. (W Radio 2021)

Aun si las manchas de sangre no dan cuenta, como lo sugiere el ejecutivo, de torturas o crímenes, sino de la confrontación entre la Policía y los saqueadores, o entre ellos mismos, lo cierto es que justamente allí, en el Éxito, se vivieron violentos episodios. Lo tomo como una muestra, una cruel “metáfora” encarnada al pie de la letra, de cómo en el discurso del capitalismo regido por el imperativo despiadado del éxito, “el agente pasa a ser el sujeto consumidor/consumido por un discurso que no encuentra el límite de lo imposible en la loca lógica de la acumulación de plusvalía, que por ahora no encuentra fin” (Soria 2019, 821). En ese discurso, el sujeto es literalmente molido, consumido.

El conflicto armado en Colombia recurrió con frecuencia a la abolición del sujeto, a su reducción a mero objeto de goce del Otro. Por lo menos en dos circunstancias se produce esa destitución subjetiva: en el enfrentamiento más radical a la extrañeza del Otro, cuando se está a punto de la revelación del enigma del objeto de goce que somos para su deseo; por ejemplo, unos ojos para estallar o un cadáver para engrosar una contabilidad; o cuando un objeto plus de goce está ubicado en el lugar del ideal, incluso para toda una masa (Lacan 2009), lo que reduce a cada uno de sus miembros a alguien que ha perdido sus propias insignias identificadoras para plegarse sin más, objetivado, al dominio de esa fascinación o de esa angustia. El ejemplo más extremo lo tenemos en los “falsos positivos”: cada uno de los miles de jóvenes así asesinados perdió no solo su vida, sino sus marcas identificadoras fundamentales y hasta su nombre: todos perdieron sus propias y singulares insignias para ser arropados con las que determinaban los militares, según el disfraz y las cifras de muertos que, de uno u otro grupo, debían aumentar. Otro ejemplo, el más corriente y silencioso, es el de estar sometido al discurso

del capitalismo bajo el signo mafioso del éxito y el mandato de goce a cualquier precio.

Alonso Salazar (1993) halló la máxima que regía a los jóvenes de las bandas de las comunas de Medellín en los 80 y 90. Creo que su alcance no se limita a estos grupos, sino que expresa el imperativo que rige también hoy el discurso mafioso. *No nacimos pa' semilla* condensa el individualismo extremo, el rechazo radical de la castración, de “las cosas del amor” (Lacan 2012, 106) y de la solidaridad, del mañana —“no futuro” (Gaviria 1988)—, de aceptar y transmitir la deuda simbólica —que implica asumir la falta, el deseo y la responsabilidad, no solo consigo mismo, sino con quienes vienen—. Implica el sometimiento a algún padre imaginario que vocifera el imperativo insensato de goce absoluto, el éxito a pesar de todo y de todos, “a como dé lugar”, tal como lo plantearon ante los magistrados de la JEP en las audiencias de reconocimiento los oficiales y suboficiales implicados en los “falsos positivos” cometidos en la región del Catatumbo (JEP 2022). Contra esto se levantó la juventud del estallido. Si antes rechazaban ser simiente, ahora reclamaban su derecho a serlo. Reivindicaban sus diferencias, sí, pero eso no les impidió unirse para luchar por la olla comunitaria, por las semillas, la solidaridad y la dignidad. Por eso, ahora rescataban la divisa opuesta: “Quisieron enterrarnos... ignoraban que éramos semilla”. Si ponemos esta consigna al lado del último verso de “Canción sin miedo”, interpretada cientos de veces en estas protestas en múltiples versiones, incluso en lenguas indígenas (Juntanza 2021)¹⁰; si logramos poner esas semillas que ya no aborrecen el deseo, ni el amor, ni la posibilidad de germinar mañana, podremos decir entonces “que retiemble en sus centros la tierra al sonoro rugir del amor” (Quintana 2020).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beltrán, William Mauricio y Creely, Sian. 2022. “Pentecostales, ideología de género y plebiscito por la paz. Colombia 2016”. *Revista Colombiana de Sociología*, 45, 1: 481-511. <https://doi.org/10.15446/rccs.v45n1.100119>

¹⁰ Juntanza de mujeres indígenas, “Canción sin miedo”: <https://music.youtube.com/watch?v=veowjGYSsLU>

- Caballero, César. 2020. “Persiguiendo fantasmas: el toque de queda de noviembre”. *Razón pública*, 24 de agosto. <https://razonpublica.com/persiguiendo-fantasmas-toque-queda-noviembre/>
- CIDH. 2021. “Observaciones y recomendaciones de la visita de trabajo de la CIDH a Colombia realizada del 8 al 10 de junio de 2021”. *Comisión Interamericana de Derechos Humanos*. https://www.oas.org/es/cidh/informes/pdfs/ObservacionesVisita_cidh_Colombia_spA.pdf
- DANE. 2021. “Información pobreza monetaria nacional 2020”. DANE. 29 de abril. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/pobreza-y-condiciones-de-vida/pobreza-monetaria/pobreza-monetaria-2020>
- De Castro, Sylvia. 2003. “¿Cómo voy yo ahí?”. *Desde el Jardín de Freud* 3: 12-13. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/8265>
- De Justicia. 2022. “Guerra contra el campesinado (1958-2019). Dinámicas de las violencia y trayectorias de lucha (Resumen ejecutivo)”. *De Justicia*. <https://www.dejusticia.org/wp-content/uploads/2022/03/Informe-ejecutivo-Guerra-contra-el-campesinado.pdf>
- De Rivero, Juliette. 2022. “Presentación del informe violencia territorial en Colombia: recomendaciones para el nuevo gobierno”. *Oficina en Colombia de la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos*. 26 de julio. <https://www.hchr.org.co/wp/wp-content/uploads/2022/07/07-26-2022-final-Presentacion-del-Informe-Violencia-Territorial-en-Colombia.pdf>
- Federación Médica Colombiana. 2021. “103 heridos oculares por represión en las protestas en Colombia”. *Federación Médica Colombiana*, 29 de noviembre. <https://www.federacionmedicacolombiana.com/2021/11/29/103-heridos-oculares-por-represion-en-las-protestas-en-colombia/>
- Figueroa, Mario. 2001. “Carta al coronel que no tiene quien le escriba. Entre el diario y las cuentas del otro”. *Desde el Jardín de Freud* 1: 122-138. <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/11596>
- Figueroa, Mario. 2021. “Produire des cadavres et abolir le sujet. Les « faux positifs » en Colombie”. *La Psychanalyse YETU* 1, 47: 137-151. <https://www.cairn.info/revue-psychanalyse-yetu-2021-1-page-137.htm>
- Freud, Sigmund. 1992a. “Lo ominoso (1919)”. En *Obras completas*. Vol. xvii. 173 – 200 Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Freud, Sigmund. 1992b. “Pegan a un niño. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales (1919)”. En *Obras completas*. Vol. xvii. 161 – 176 Buenos Aires: Amorrortu editores.

- Freud, Sigmund. 1992c. “El problema económico del masoquismo (1924)”. 227 – 310 En *Obras completas. Vol. xix*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Henao, Darío. 2021. “Entrevista José Alberto Tejada – El periodismo no podrá ser jamás objetivo neutral, lo que requiere es honradez intelectual”. *La palabra. Univalle*, 10 de junio. <https://lapalabra.univalle.edu.co/entrevista-el-periodismo-no-podra-ser-jamas-objetivo-neutral-lo-que-requiere-es-honradez-intelectual/>
- Hoffmann, E.T.A. 1985. “El hombre de la arena”. En *Cuentos I*. 55 – 89 Madrid: Alianza editorial.
- Jurisdicción Especial para la Paz–JEP. 2022. “Caso 03: Asesinatos y desapariciones forzadas presentados como bajas en combate por agentes del Estado”. JEP. <https://www.jep.gov.co/macrocasos/casoo3.html#container>
- Lacan, Jacques. 1984. “Función y campo de la palabra y del lenguaje en el psicoanálisis (1953)”. En *Escritos 1*. 227-310 México: Siglo XXI editores.
- Lacan, Jacques. 1992. *El seminario. Libro 17. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Lacan, Jacques. 1999. *El seminario. Libro 5. Las formaciones del inconsciente (1957-1958)*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacan, Jacques. 2006. *El seminario. Libro 10. La angustia (1957-1958)*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Lacan, Jacques. 2009. “Observaciones sobre el informe de Daniel Lagache: ‘Psicoanálisis y estructura de la personalidad’” (1960). En *Escritos 2, 3^a* edición. México: Siglo xxi.
- Lacan, Jacques. 2012. *Hablo a las paredes (1972)*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.
- Indepaz. 2021. “Listado de las ochenta víctimas de violencia homicida en el marco del paro nacional al 23 de julio”. *Observatorio de Derechos Humanos, conflictividades y paz*. <https://indepaz.org.co/victimas-de-violencia-homicida-en-el-marco-del-paro-nacional/>
- Observatorio de Memoria y Conflicto. 2023. “El conflicto en cifras”. *Centro Nacional de Memoria Histórica*. <https://micrositios.centrodememoriahistorica.gov.co/observatorio/portal-de-datos/el-conflicto-en-cifras/masacres/>
- Rincón, Omar. 2009. “Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia”. *Nueva Sociedad* 222. <https://nuso.org/articulo/narcoestetica-y-narcocultura-en-narcolombia/>
- Rivera, José. 1984. *La Vorágine*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra.
- Salazar, Alonso. 1993. *No nacimos pa' semilla*. Bogotá: Editorial Cinep.

Soria, Nieves. 2019. “Síntomas del discurso capitalista”. *Memorias xi Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. xxvi Jornadas de Investigación. xv Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Acta académica.* 820-824. <https://www.aacademica.org/ooo-111/517.pdf>

Uribe, Álvaro. 2006. “Manifiesto democrático 100 puntos Álvaro Uribe Vélez”. *Presidencia.* http://historico.presidencia.gov.co/prensa_new/documentos/agosto/07/documen.htm

Artículos de prensa

360 Radio. 2018. “‘¿Me olvidaron? Si me olvidaron, digan de una vez porque me amarro una piola en la nuca y me tiro al Magdalena’, Uribe”. *360 Radio.* 8 de mayo. <https://36oradio.com.co/me-olvidaron-si-me-olvidaron-digan-de-una-vez-porque-me-amarro-una-piola-en-la-nuca-y-me-tiro-al-magdalena-uribe/>

Albarracín Caballero, Mauricio (@malbarracín). 2016. “Prefiero un hijo muerto que ‘marica’ esto se leía en las marchas de hoy”. *Twitter*, 10 de agosto. <https://twitter.com/malbarracín/status/763577394150146048>

El Colombiano. 2016. “En el Hospital Militar solo queda un soldado herido en combate”. 23 de diciembre. <https://www.elcolombiano.com/colombia/paz-y-derechos-humanos/reduccion-de-soldados-heridos-en-hospital-militar-XF5645752>

El Espectador. 2021. “\$1.800 la docena: ¿dónde compra huevos el ministro Carrasquilla?”. 19 de abril. <https://www.elespectador.com/politica/1800-la-docena-donde-compra-huevos-el-ministro-carrasquilla-article/>

El Espectador. 2023. “Caso Lucas Villa: en Risaralda capturan a uno de los cerebros del crimen”. 13 de julio. <https://www.elespectador.com/judicial/caso-lucas-villa-en-risaralda-capturan-a-uno-de-los-cerebros-del-crimen/>

El País. 2021. “Piden esclarecer caso de menor que se suicidó tras denunciar que sufrió abuso policial”. *El País*. 13 de mayo. <https://www.elpais.com.co/judicial/piden-esclarecer-caso-de-menor-que-se-suicido-tras-denunciar-que-sufrio-abuso-policial-en-popayan.html>

El Tiempo. 2009. “La culebra está viva: Uribe”. *El Tiempo, Redacción*, 2 de enero. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-3256122>

Escobar, José David y Felipe Morales. 2021. “«Perdí el ojo, pero no los sueños»: relatos de víctimas de lesiones oculares en las protestas”. *El Espectador*. <https://reportajes.elespectador.com/perdi-el-ojo-pero-no-los-suenos/>

- Infobae. 2022. “El Estado colombiano no sabe quiénes son los propietarios de la tierra, aseguró el nuevo director de la ANT”. 21 de septiembre. <https://www.infobae.com/america/colombia/2022/09/21/el-estado-colombiano-no-sabe-quienes-son-los-propietarios-de-la-tierra-aseguro-el-nuevo-director-de-la-ant/>
- Lewin, Juan, Nicole Bravo, Ever Mejía y Danilo Arias. 2021 “La Agencia de Tierras infla las cifras de predios que ha entregado a campesinos sin tierra”. *La Silla Vacía, Nacional*, 29 de agosto. <https://www.lasillavacia.com/historias/silla-nacional/la-agencia-de-tierras-infla-las-cifras-de-predios-que-ha-entregado-a-campesinos-sin-tierras>
- Miranda, Boris. 2019. “Falsos positivos: cómo regresó a Colombia el fantasma de las ejecuciones extrajudiciales de civiles”. *BBC News*, 20 de mayo. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-48344919>
- Noticias Caracol. 2021. “Bogotá, eje de la producción de cocaína”. 22 de agosto. Video YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=zOeJrM8XTyo>
- Noticias Caracol. 2020. “Los 1.500 audios interceptados a Cayita Daza evidencian su poder y las peleas en el uribismo”. Video YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=P-tZ1kBZ5NM>
- Oquendo, Catalina. 2021. “Una investigación de la ONU concluye que la policía colombiana mató a 11 jóvenes en las protestas de Bogotá”. *El País, Internacional*. 13 de diciembre. <https://elpais.com/internacional/2021-12-13/una-investigacion-de-la-onu-concluye-que-la-policia-colombiana-mato-a-11-jovenes-en-las-protestas-de-bogota.html>
- Rojas, Juan Carlos. 2017. “Las encuestas dibujan un nuevo escenario político para el 2018”. *El Tiempo*. 6 de agosto. <https://www.eltiempo.com/politica/partidos-politicos/la-caida-de-la-imagen-de-alvaro-uribe-y-la-polarizacion-para-las-elecciones-de-2018-116964>
- Saavedra, Sergio. 2021. “Las mentiras del gobierno con las cifras de erradicación”. *Pares*. 2 de febrero. <https://www.pares.com.co/post/las-mentiras-del-gobierno-con-las-cifras-de-erradicacion>
- Sanín, Carolina. 2019. “Leer al déspota: Carolina Sanín escribe sobre Álvaro Uribe Vélez”. *Semana, Opinión*. 27 de junio. <https://www.semana.com/opinion/articulo/leer-al-despota-carolina-sanin-escribe-sobre-alvaro-uribe-velez/76250/>
- Semana. 2019. “Un canto por Colombia: cinco lecciones de la movilización que demuestran que el paro no ha terminado”. 9 de diciembre. <https://www.semana.com/nacion/articulo/un-canto-por-colombia-5-lecciones->

[de-la-movilizacion-que-demuestran-que-el-paro-no-ha-terminado/644091/](#)

Torrado, Santiago. 2021a. “Álvaro Uribe llama al ejército a que utilice las armas en las protestas en Colombia”. *El País, Internacional*. 30 de abril. <https://elpais.com/internacional/2021-04-30/alvaro-uribe-llama-al-ejercito-a-que-utilice-las-armas-en-las-protestas-en-colombia.html>

Torrado, Santiago. 2021b. “Indígenas colombianos derriban por segunda ocasión una estatua de Sebastián de Belalcázar”. *El País, Internacional*. 28 de abril. <https://elpais.com/internacional/2021-04-28/indigenas-colombianos-derriban-por-segunda-ocasion-una-estatua-de-sebastian-de-belalcazar.html>

W Radio Colombia. 2021. “¿Qué pasó con el Éxito de Simón Bolívar en Cali?” 24 de mayo, video YouTube, 30m03s. <https://www.youtube.com/watch?v=u31GXuVMixk>

Videos

Alcolirykoz. 2021. “La caza de Nariño (con Junior Zamora). Prod.

El Arkeólogo”. *AlcolirykoZ*. 7 de mayo, video YouTube, 3m41s. <https://www.youtube.com/watch?v=sesxG6HfVvA>

API. 2021. “Aquí la gente para, el Estado dispara”, la canción sobre el Paro Nacional”. *API – Agencia de Periodismo Investigativo*. 4 de junio. <https://www.agenciapi.co/video/regiones/aqui-la-gente-para-el-estado-dispara-la-cancion-sobre-el-paro-nacional>

Briela Ojeda, Lianna y La Muchacha. 2021. “Aquí la gente para, el Estado dispara. La canción sobre el Paro Nacional”. 5 de junio, video YouTube, 2m11s. <https://www.youtube.com/watch?v=XCVVqVmgi9g>

Hendrix, B., Nidia Góngora, Alexis Play y Junior Jein. 2020. “Quién los mató”. *Bombo Records*. 11 de septiembre, video YouTube, 5m51s. <https://www.youtube.com/watch?v=jvBVvvHBYY>

JEP. 2022. “Caso 03, Audiencia de reconocimiento por ‘falsos positivos’ en el Catatumbo”. *JEP Colombia*. 26 y 27 de abril. Video YouTube, 9h29m22s. <https://www.youtube.com/watch?v=ERLTlefQWFw>

Juntanza de mujeres indígenas. 2021. “Canción sin miedo” (Quintana 2020). *SentArte producciones*. 24 de noviembre. Video YouTube, 4m48s. <https://music.youtube.com/watch?v=veowjGYSsLU>

La Muchacha. 2020. “La sentada”. *Más canciones crudas*. 3 de octubre, video YouTube, 2m27s. <https://www.youtube.com/watch?v=3n6nR6o6fzM>

La Muchacha. 2021. “No Azara”. *Sesiones de la cuadra*. 11 de mayo, video YouTube, 4m02s. <https://www.youtube.com/watch?v=j4Wt3MJrpIk>

- Méndez Patiño, Ricardo. 2021. “Conseguí salir para contarla. Entrevista con Pablo Bohórquez”. *Palabras Mayores*. 6 de septiembre, video YouTube, 35m32s. <https://www.youtube.com/watch?v=zWi71HbkoXU>
- Quintana, Vivir. 2020. “Canción sin miedo, Colombia”. *Hysteria Revelando*. 25 de noviembre, video YouTube, 3m49s. <https://www.youtube.com/watch?v=dTzx6gV5LdQ>
- Vásquez, Julián. 2021. “Colombia un país que no puede desconocer ni olvidar su realidad”. Facebook. Video, 17 mayo. <https://www.facebook.com/watch/?v=902559293643385>
- Velandia, Edson y Adriana Lizcano. 2018. “Su madre patria”. *Cinechicera*. 9 de diciembre, video YouTube, 2m20s. <https://www.youtube.com/watch?v=Pymxn-VUE3o>
- Velandia, Edson. 2021. “El infiltrao”. *Cinechicera – La Loma Productora*. 3 de mayo, video YouTube, 2m02s. https://www.youtube.com/watch?v=_g2-5odk99o
- Velosa, Jorge, Andrea Echeverri y César López. 2020. “Somos miles de miles”. *Delta Records*. Video YouTube, 2m15s. https://www.youtube.com/watch?v=_4kkUSdTpZo

Películas

- Gaviria, Víctor. 1988. *Rodrigo D: no futuro*. Colombia, 90m.